

La Ilustración

SUSCRIPCIONES.

GUADALAJARA Y SU PROVINCIA.

Un semestre 1'50 ptas.
Un año 2'50 id.

RESTO DE ESPAÑA.

Un semestre 1'75 ptas.
Un año 3'00 id.

AÑO I



NÚM. 1.º

DIRECTOR: Bravo y Lecea

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.

Un semestre 2'50 ptas.
Un año 4'00 id.

Número suelto dos reales.

Anuncios
á precios convencionales.

PAGOS ADELANTADOS.

No se devuelven los originales.

Guadalajara, Enero de 1893.

Redacción y Admón., Mayor Alta, 11.

SUMARIO.

GRABADOS.

RETRATO DE D. ÁLVARO FIGUEROA Y TORRES.

BODAS EN EL PUIG.

VENTA DEL «MAL ABRIGO»
en el camino de Vallequillas.

TEXTO.

NUESTRA PRESENTACIÓN.

FÁBULA

POR D. JOSÉ ESTREMEIRA.

SR. DON ÁLVARO FIGUEROA Y TORRES,
POR B. Y L.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS,

EL CRIMEN

POR D. MANUEL CORRAL MAIRÁ.

SARCASMO

POR D. TOMÁS BRAVO Y LECEA.

ESO HA SALIDO.

POR D. ALFONSO MARTÍN.

EL DOBLÓN DE ORO

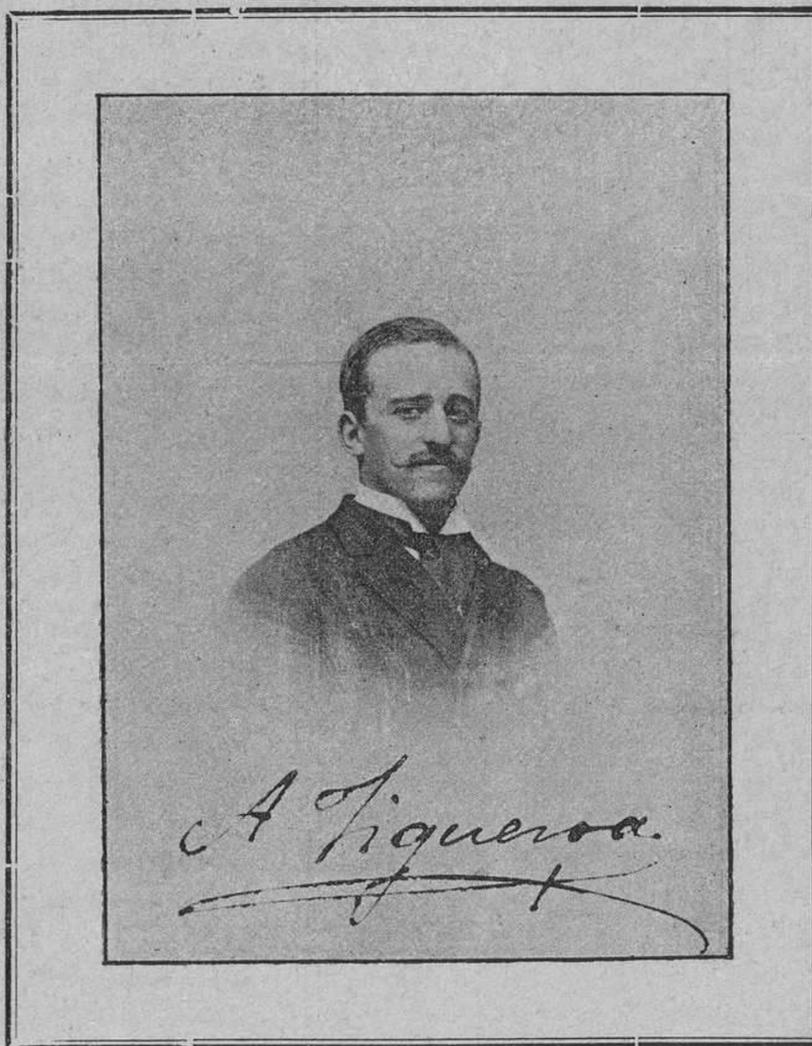
POR D. L. P. FERRER.

EPIGRAMA

POR D. CARLOS CANO.

AL VUELO.

ANUNCIOS.



NUESTRA PRESENTACIÓN.

LA ILUSTRACIÓN entiende que su primer deber —que cumple muy gustosa— es dedicar un cordial saludo al público en general, saludo extensivo á la prensa caracense, á cuyo lado llegamos hoy, á ocupar un nuevo puesto.

Nuestros más entusiastas ideales, nuestros propósitos más constantes se dirigen ya, á que el título que encabeza esta Revista se difunda por la provincia, y contribuir, siquiera sea en la escasez de nuestros esfuerzos, á la mayor cultura, y con ésta, al mayor engrandecimiento de Guadalajara.

Si á tan meritorio fin significa algo nuestra modesta publicación, será éste el único título que envanecerla pueda y que con más orgullo ostentará siempre

La Ilustración.

FÁBULA

El hijo de un campesino
estaba un día segando,
y su padre iba cargando
con los haces un pollino.

El muchacho, cabizbajo
en su tarea seguía,
y entre dientes maldecía
de su suerte y del trabajo.

Dijo el padre: Ten paciencia,
Adán el fruto comió
y el Señor le condenó
por su orgullo y su insolencia,
al trabajo material;
y los que de él descendemos,
sujetos todos nacemos
á la misma ley fatal.

Oyólo el burro enseguida,
y dijo así: Yo discurre
que también el primer burro
comió paja prohibida;

ó si los libros no dan
luz en esto, yo me atrevo
á decir, que también debo
ser descendiente de Adán.

JOSÉ ESTREMEIRA.

SR. D. ÁLVARO FIGUEROA Y TORRES.

Joven, y con talento y facultades más que sobradas para conquistar muy pronto importantes y merecidos puestos en la política española, es el actual y futuro Diputado á Cortes por Guadalajara.

Orador hábil y experto, apenas iniciado en las lides parlamentarias, siendo temible para tenerle enfrente, es el mejor abogado, el más elocuente defensor para toda empresa de moralidad y de justicia.

Sus triunfos recientes en la Cámara popular y en el Ayuntamiento de Madrid, le han granjeado las simpatías, la estimación de todos, y los aplausos,—muy dignos de tenerse en cuenta, pues que jamás se prodigan

tratándose de adversarios políticos,— los sinceros y justos elogios de la prensa de oposición.

Demócrata por convicciones, milita en las filas del partido liberal, en donde solamente asciende por acciones de guerra.

Al unir Guadalajara, con el vínculo estrecho de quien confía su representación más amplia en un individuo que es de su satisfacción absoluta; al unir su suerte y destinos al porvenir del Sr. Figueroa, se ha hecha digna por más de un concepto de la siguiente felicitación:

—¡Sea enhorabuena!

B. y L.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

BODAS EN EL PUIG.

Este hermoso y poético cuadro, debido al pincel de D. Juan Peyró, es uno de los que le han dado mayores motivos para enorgullecerse al laureado artista.

Una boda es y será siempre asunto de actualidad, que interesa y conmueve á la vez.

¿Quién no recuerda esta ceremonia, si es casado?

¿Quién no piensa en ella, casi como de segura realización en lo futuro, si es soltero?

Pues una boda entre labradores, arrancada de la realidad y con detalles primorosos de verdad y frescura, es el asunto que le sirvió á Peyró para afianzar más su reputación en el arte de Velázquez.

La Iglesia, amparando y protegiendo uno de los más puros sentimientos de la humanidad, lo santifica con su bendición.

Los novios la reciben satisfechos.

¡Dichosa cuando es germen de felicidad!

VENTA DEL MAL ABRIGO.

El cazador, cansado ya de su campaña cinegética, en la que cuenta por *piezas* los cartuchos disparados; el honrado labrador que vuelve del mercado próximo á donde llevó á vender su cosecha, para con el importe satisfacer la mala cara del recaudador de contribuciones, todo el que, en fin, viaja por la carretera general, por necesidad ó antigua costumbre, hace una parada en la venta del mal abrigo, sin que este calificativo, que hace muchos años inmerecidamente se la puso, sea obstáculo para que de día en día aumente el número de sus parroquianos. Como que en invierno hay buen fuego en la cocina, en verano un gran cobertizo de añosas y espléndidas parras, y en todo tiempo un vino que es el mayor reclamo y la recomendación mejor que tiene la venta.

EL CRIMEN.

Detén, sombra, ó lo que fueres,
tu camino vacilante,
pues tu aspecto repugnante
me impulsa á saber quién eres.

—¿Dónde vas?—A un precipicio.

—¿Naciste?—En el lodazal.

—¿Qué ambicionas?—El metal.

—¿Germinaste?—Con el vicio.

—¿Tu lema?—Es la destrucción.

—¿De quién?—De la sociedad.

—¿Qué ejerces?—La falsedad.
 —¿Y habitas?—En la prisión.
 —¿Tu enemigo?—Es la justicia.
 —¿Y quién te castiga?—El juez.
 —¿Desprecias?—A la honradez.
 —¿Y adoras?—A la avaricia.
 —¿Tu instinto?—De hiena es.
 —¿Y corazón?—Es de hierro,
 —¿Tú castigo?—Un mes de encierro
 y el rey me indulta después.
 —¿Y los jueces...?—Me redimen
 por faltar pruebas legales.
 —¿Eres?—El mal de los males.
 —¿Cómo te llamas?—El crimen.

MANUEL CORRAL Y MAIRÁ.

SARCASMO

Una multitud se agrupaba ante miserable barraca, hecha de tablas, en la que se exhibían dos notabilidades *sorprendentes*, dos espectáculos grandiosos, á juzgar por lo que los anuncios decían y por lo que con interminable charla repetía un hombre que sobre una plataforma se encontraba á la puerta de entrada.

Sobre ésta se veían varios cuadros—ludibrio del arte pictórico—unos rotos, otros estropeados por la acción del tiempo, y todos de bien distintas dimensiones.

Pinturas que querían representar luchas de hombres salvajes con animales feroces, y cuadros que ya causaban risa por su falta de verdad en el dibujo y colorido, ó ya inspiraban horror en algunos espíritus sencillos, dada su abundancia de sangre.

—Entrad, por un real nada más, señores; la bella reina de las boas y el gladiador de ratas empezarán en seguida sus admirables trabajos, decía con voz ronca aquel anunciador, á la vez que agitaba con rapidez unos palillos sobre un tambor, que debió ser bueno, pero que en la actualidad no le quedaba más que la gloria de haberlo sido.

Con aquel ruido infernal trataba de llamar la atención; el tambor que algún día acompañó marcial y patriótica marcha, servía hoy de reclamo.

La curiosidad hacía que por momentos se engrosara aquel círculo de carne humana.

Los menos, previo el pago de la cuota de entrada, eran introducidos por el anunciador; algunos, mirando con desdén, se alejaban, y la mayor parte quedaban á la puerta, oyendo con notoria complacencia á aquel charlatán.

En el interior nada había de notable.

La barraca estaba dividida por una verja de madera que separaba al público de los que allí se exhibían.

Vestían las paredes colchas de diferentes colores y tamaños, y una de tela más gruesa y de dibujos más llamativos ocultaba en aquel momento, haciendo el servicio de telón, á las dos aplaudidas notabilidades.

Aún no tenían bastante entrada, y era preciso esperar.

Lentamente los bancos fueron llenándose, y poco después, obedeciendo á las estrepitosas muestras de impaciencia del público, la cortina se descorrió:

Dos figuras ocupaban aquel tablado—imitación de escenario—figuras que al propio tiempo que excitaban á compasión, repugnaban por lo asquerosas.

Era un matrimonio, debido quizá al amor, quizá á la necesidad.

La mujer, en su juventud, debió ser hermosa, pues todavía conservaba rastros de una belleza que se marchitó al contacto del vicio y á la opresión de la miseria.

Con desdeñosa indiferencia hizo un saludo, y se sentó.

Vestía andrajosamente, con un traje de abigarrados y chillones colores, cuya falda, excesivamente corta, solamente la cubría hasta media pierna.

El corpiño, mezcla de sedas y paños ordinarios, ajustaba un talle no falto de esbeltez.

La cabellera, abundante y de un negro lustroso, caía con coquetón descuido sobre sus amplios hombros, formando un contraste, que si hacía desmerecer lo demás de su persona, favorecía muy mucho á aquel rostro moreno, surcado de arrugas, y en el que se admiraban dos ojos negros, brillantes, aunque de duro y sarcástico mirar.

El hombre vestía de titiritero, y con prendas hechas con remiendos de procedencia bien distinta.

Su figura, de una delgadez casi extraordinaria, era altamente antipática, y lo que sorprendía, era el que con tanta vanidad como su compañera, afeminado, ostentase el cabello esmerada y cuidadosamente rizado.

—¡Respetable público! —exclamó el saltimbanqui adelantándose hacia aquél;— nos presentamos en este sitio para que todos, pobres y ricos, puedan ver los sorprendentes trabajos que ejecuta *Babí*, la reina de las boas, admiración de todos los países extranjeros, y los no menos sorprendentes que ejecuta *Sansón*, un servidor de ustedes.... —y al decir esto el titiritero se inclinó humildemente.

Con burlas, con estrepitosas carcajadas y con epigramáticas chanzonetas fué recibida la última parte de la peroración.

Entre el orador y la reina de las boas—que á la verdad, no tenía gran orgullo de su regia jerarquía—colocaron en el centro del escenario una jaula de un metro cuadrado de capacidad y rodeada de una alambra fuerte y espesa.

Arrastrándose, pues tenía atados los pies y las manos, y ayudado por su mujer, entró el gladiador de ratas en aquella jaula.

Y poco después, y con el aplauso de todos, fué testigo aquel público del espectáculo más repugnante,

Una infinidad de ratas de gran tamaño salieron de una caja que comunicaba con el interior de la jaula.

Hambrientos aquellos roedores, atacaban con furia al titiritero, quien con una agilidad pasmosa, cogiéndolas con la boca, las agarrotaba entre sus dientes.

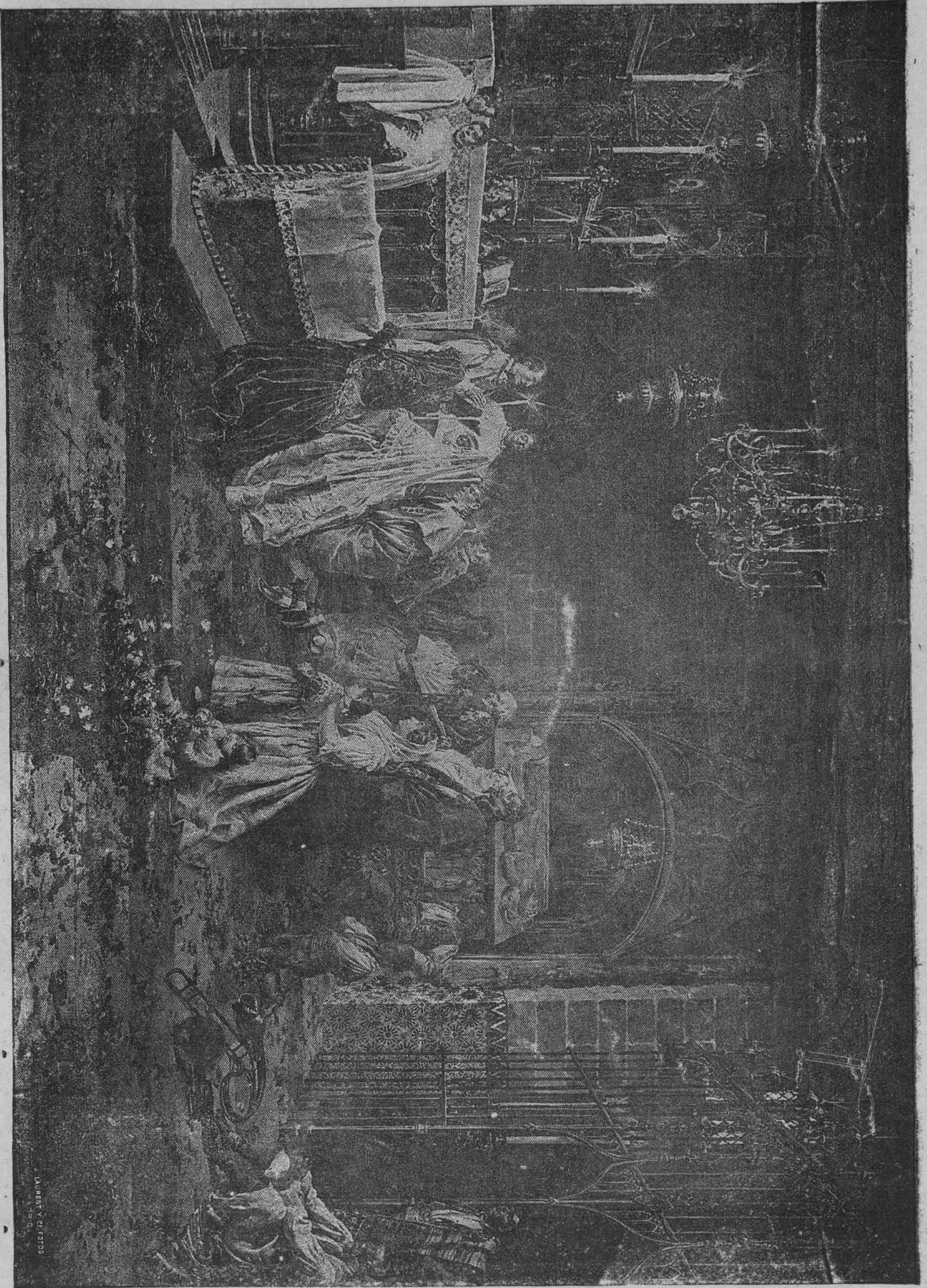
En muy poco tiempo, en pocos minutos, todas las ratas, muertas, yacían alrededor del gladiador.

Prolongados y entusiastas aplausos saludaron á *Sansón*.

Mientras tuvo lugar la escena anterior, un magnífico perro de presa, sacando su fiera cabeza entre los palos de la verja divisoria, gruñía y ladraba con fuerza.

Al amo de tan hermoso animal, al ver la actitud del perro, se le ocurrió la diabólica idea de ofrecer su *Chato* á una lucha con el gladiador de ratas, que fué aceptada con verdadero júbilo por éste, mediante algunas apuestas de pequeña consideración.

Abierta la verja de madera, después de ligar fuerte-



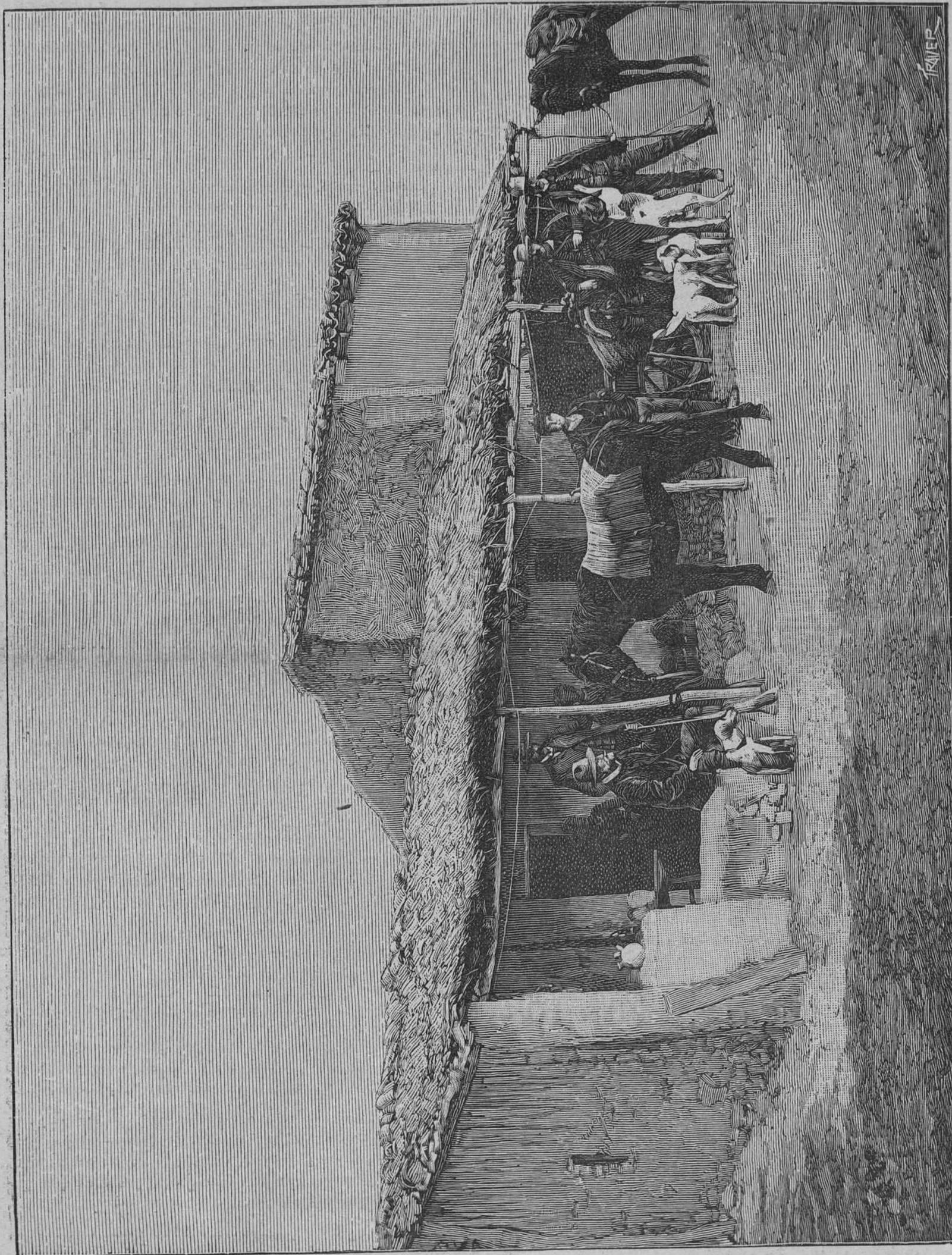
Bodas en el Puig. (Cuadro de D. Juan Peyró, fotografiado de Laurent).

mente las manos á *Sansón*, el perro saltó con rabia al escenario, y en seguida trabóse una lucha cruel, salvaje, entre el hombre y el animal.

Los espectadores, inmóviles en sus asientos, seguían

animal, que en el primer ataque le había hecho presa en un brazo. La sangre manaba del cuerpo del gladiador, y enardecido el perro, redobló su coraje.

Sansón llevaba la peor parte.



Venta del «Mal Abrigo», en el camino de Vallequillas.

con gran interés aquel duelo, animándolo á su vez con numerosas apuestas.

Sansón, dando pruebas de que estaba acostumbrado á aquellas luchas, saltaba, se retorcia, se arrastraba y se revolvía, con el fin de coger entre sus dientes al fiero

Entre *Bibi*, la esposa del titiritero, y un hombre del público, se cruzaron unas frases que pasaron inadvertidas entre el clamoreo y los gritos de los espectadores, pero frases que proponían y aceptaban el pacto más monstruoso y miserable.

De pronto, un silencio sepulcral reinó en la barraca, al que sucedió un grito de horror, escapado al unísono de los labios de todos.

El perro, al retirarse una de las veces, de un fuerte tirón se llevó entre sus dientes un pedazo de carne arrancado de cuajo del brazo del saltimbanqui.

Este quedó por un momento sin poder defenderse, pues el perro sujetábale con las uñas por la nuca; á cada movimiento que hacía, Sansón sufría el dolor que le producía el sentir rasgarse su piel.

La situación del pobre titiritero no podía ser más desesperada.

Una vuelta rapidísima, un recurso inspirado seguramente por el instinto de propia conservación, dió por resultado que el perro quedara cogido entre las piernas del gladiador de ratas.

Oprimido el *Chato* por aquellas tenazas, perdida la respiración, soltó su presa, y arqueándose entonces Sansón, cual una culebra, y cogiendo con sus dientes la garganta del perro, un momento después el hermoso y fiero animal quedó exánime en tierra.

Un hurra prolongado y frenético, una ovación espontánea é imponente recibió el maltrecho Sansón en premio de su valor y destreza.

Sólo su mujer, *Babí*, no se identificaba con la alegría general.

Lágrimas de rabia y desesperación brotaban de sus grandes ojos.

El desaliento y la más inesperada decepción se pintó en el rostro de aquella infame.

Mucho debía interesarla la suerte de su marido y temerario compañero; pero obedeciendo á sus perversos y miserables instintos, había apostado por la victoria del perro.

Y se dolía de haber perdido.

TOMÁS BRAVO Y LECEA.

ESO HA SALIDO.

Mi amigo Bravo y Lecea: Tan solo para que vea que le quiero complacer, unas coplas voy á hacer por si encuentra quien las lea.

Algo me pide, y no encuentro, se lo puedo asegurar, asunto de qué tratar, es decir, que encaje dentro de lo que usted va á ilustrar.

Y una razón me lo abona: no en la fuente de *Helicon* bebí jamás como Clío, por eso siempre me lío con mi musa juguetona.

Sin embargo, como ve, y á pesar de esos deslices, quiero decir algo de dos ocurrencias felices que veo ha tenido usted.

La una, ya me la explico, al no hacer un *abanico* con nuestros cinco retratos.

«¡Esc... se pone cual chico con sus primeros zapatos!» diría, y ha desistido,

lo que celebro. En España no me hubieran conocido, porque estoy tan parecido... como un huevo á una castaña.

Mas no obstante, tal cual es se lo remito, y después haga lo que le convenga; si lo pone, que no tenga más artísticos clichés.

Cuando lo haga, con razón bien puede usted asegurar, que con dicha ILUSTRACIÓN me llevarán á enterrar... sino envuelven pimentón, cosa que suelen hacer con todo el papel sobrante. Hoy nadie piensa en leer; si lo compra un comerciante es solo para envolver.

La otra es... que considero no está bien con su dinero. ¡Mejor se hubiera ilustrado con títulos del Estado que es el papel verdadero!

Él es todo, porque es *guita*, que es lo que hoy se necesita,

para subir, figurar y hasta poderse colgar un... signo de la levita.

De todos modos preveo que usted hará cosa buena; tiene gusto, tiene vena y es simpático el deseo de *ilustrarlo* entre una cena.

Por si no puedo asistir, (aunque haré por no faltar, no vaya usted á decir que no me quiero *ilustrar*)

mi brindis voy á escribir:

«Saludo la aparición de esta nueva ILUSTRACIÓN, que ha de honrar al fin y al cabo el apellido de un *bravo* de puños (1) y de nación.

Deseando que el bolsillo se le llene... de ilusiones; ¡porque lo que es suscripciones! le lloverán á porrillo pero serán de ¡gorrones!

ALFONSO MARTIN.

(1) Los de la camisa.

EL DOBLON DE ORO.

(Traducido de Fr. Coppée).

I.

Cuando Luciano de Ilém vió desaparecer las últimas monedas de su modesta fortuna, se levantó de la mesa de la ruleta y estuvo á punto de rodar al suelo presa de un vértigo terrible.

Su abatimiento le hacía perder las fuerzas, y por no caer se fué á sentarse en el largo banco de cuero que rodeaba la sala del juego.

Durante algunos momentos, dirigió una mirada vaga en torno del salón en que había desperdiciado los mejores años de su juventud; pensó en que estaba arruinado, perdido por el momento; recordó que tenía en una gaveta de la cómoda, en su casa, las pistolas que su padre, el general Ilém, había llevado, y de las que se había servido en el famoso ataque de Zaatcha; después, abrumado por infinidad de informes y raros pensamientos, se quedó profundamente dormido.

II.

Cuando volvió en sí, miró al reloj y se convenció de que había dormido apenas media hora, y sintió la necesidad imperiosa de respirar el aire fresco de la noche.

Eran las doce menos cuarto.

Recordó Luciano que estaba en víspera del día de Reyes y por una ironía de la memoria, saltaron á su imaginación los recuerdos de su infancia, cuando solía poner sus zapatos en el balcón antes de acostarse.

En aquel instante, Dronski, un viejo tahir, abonado al tapete, se aproximó á Luciano dirigiéndole esta súplica:

—¿Me puede Vd. prestar cinco pesetas? Hace dos días que no me muevo de aquí y el 17 no sale; riase Vd. pero que me corten la cabeza si ese número no sale dentro de un momento: quizás á las doce en punto.

Luciano se encogió de hombros; no tenía ni siquiera lo suficiente para pagar el guardarropa. Dirigióse á la antesala, se puso el sombrero y el abrigo de pieles, y bajó la escalera con una rapidez febril.

Hacía cuatro horas que Luciano había entrado en el Casino, la nieve caía en abundancia y las calles estaban cubiertas de una inmensa sábana blanca; en el cielo, brillaban algunas estrellas.

Luciano sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo; se arrebujó en las pieles de su abrigo y comenzó á andar precipadamente, con la cabeza llena de ideas desesperadas y pensando más que nunca en la caja de pistolas que guardaba en la gaveta de su cómoda.

Después de dar algunos pasos se detuvo bruscamente.

Sobre un banco de piedra colocado junto á la puerta de un gran palacio, había sentada y dormida una niña de seis ó siete años; fijóse en ella y vió que la infeliz era mendiga á juzgar por su aspecto harapiento y desdichado. Su actitud era lastimosa, parecía que la fatiga la había postrado en aquel sitio.

Una chinela desprendida del pié cuya blanca y delgada piernecita colgaba del banco de piedra yacía en el suelo.

Maquinalmente, Luciano llevó la mano á su bolsillo, pero

recordó que no le habían quedado ni siquiera cinco céntimos; después, impelido por un sentimiento de piedad, se aproximó á la niña con el propósito de llevársela y darle albergue aquella noche de nieves, en su casa.

Entonces vió, en la chinela caída, el brillo de una moneda.

Se inclinó: era un doblón de oro.

III.

Alguna persona caritativa, una mujer, sin duda, había pasado por allí, y recordando la leyenda cristiana de los Reyes, había colocado de aquella manera la moneda, siquiera para que al despertar aquella criatura acrecentase su fé y su esperanza en la divina Providencia.

¡Cuatro duros! Eran muchos días de reposo y de riqueza para la pequeña mendiga.

Luciano iba á despertarla, poniéndole en posesión de aquella fortuna, cuando le asaltó una idea y le acometió una alucinación; una voz le murmuraba al oído, la del viejo tahir:

—Hace dos días que no me muevo de aquí y el 17 no ha salido... que me corten la cabeza si ese número no sale dentro de un momento; quizá á las doce en punto.

Entonces aquel joven, que descendía de una familia de hombres todos honrados, que llevaba un nombre militar esclarecido, tuvo una idea horrible; le acometió un deseo loco, y mirando de una manera recelosa á todas partes, echó á correr llevando el doblón de oro que había contenido la chinela.

Se dirigió nuevamente á la casa de juego, subió á saltos las escaleras, y penetro en la sala al mismo tiempo que el reloj daba la primera campanada de las doce.

—Al 17—gritó.

El 17 ganó. Los 36 doblones quedaron al encarnado, el encarnado volvió á ganar.

Dobló la postura dos veces más, tres veces, siempre lo mismo, siempre ganando. Tenía delante de sí un montón de oro y de billetes, y continuaba jugando como un loco, y ganando, y ganando... La decena, el color, el número, todas las combinaciones le daban el mismo favorable resultado. Su suerte era inaudita y sobrenatural.

Como por la prisa de entrar en la sala de juego no había dejado en el guardarropa su gaban, iba llenando todos sus bolsillos de paquetes de billetes y puñados de monedas de oro, y no sabiendo ya donde guardar tanto, después de llenar todos los bolsillos interiores y exteriores de su levita, hacinaba aquella fortuna en el sombrero y en el pañuelo. Todos estaban asombrados de su suerte.

Entre tanto él sentía oprimido su corazón, y pensaba únicamente en la niña dormida sobre la nieve, á quien le había robado aquella moneda, origen de su presente fortuna, y se decía:

—Es tiempo aún; estará en el mismo sitio... Dentro de una hora correré á su lado... la llevaré á mi casa... la acostaré en mi cama. Yo la educaré y la dotaré como si fuese hija mía...

IV.

El reloj dió la una, luego el cuarto, la media y los tres cuartos. Luciano continuaba sentado á la mesa infernal del juego.

No se hubiera movido nunca; pero el banquero, momentos antes de las dos, se levantó y dijo:

—Señores míos: la banca ha desaparecido. Por hoy no se juega más.

Entonces Luciano se dirigió á la puerta y ganó apresuradamente la escalera, huyendo de la turba de jugadores que le rodearon felicitándole por tanta suerte. Pocos momentos después se acercaba al banco de piedra.

—¡Gracias, Dios mio! Está allí todavía...

Se acercó á la niña y la sacudió con cariñosa solicitud.

—¡Pobrecita!... ¡Qué fría está!

La cogió en sus brazos apretándola contra su pecho. Mas entonces vió con horror que los ojos de la mendiga estaban entreabiertos, inmóviles y vidriosos. Acercó su boca á la de la niña... ¡No respiraba, había muerto de frío!...

V.

Oprimido el pecho por un dolor profundísimo, Luciano quiso gritar, pero la voz se extinguió antes de salir de su garganta, y el angustioso esfuerzo que hizo le ocasionó un estremecimiento nervioso, despertándole de tan cruel pesadilla.

Se incorporó y vió que aún estaba en el mismo banco de la sala de juego donde se había quedado dormido poco antes de la media noche, pues el conserje, por consideración, le había dejado descansar como á cualquier desdichado de esos que no tienen donde ir, después de haber perdido su dinero.

La luz tenue y pálida de aquella mañana fría de invierno, penetraba por las ventanas de la sala. Estaba sólo.

Salió, tomó un baño, almorzó y enseguida fué á alistarse como voluntario en el primer batallón de cazadores de Africa.

Hoy, Luciano, es teniente; no tiene más que su sueldo para vivir, pero vive modestamente y con decoro sin haber pensado jamás en volver á jugar. Y aun parece que ha hecho algunas economías, pues un compañero suyo le ha visto dar en Argel una limosna á una niña mendiga que dormía en el dintel de una puerta. Aquel compañero que le seguía á corta distancia, tuvo la indiscreción de averiguar lo que le había dado Luciano. El curioso quedó sorprendido de la generosidad del pobre teniente.

Luciano de Ilem había puesto en la mano de aquella desdichada criatura un doblón de oro.

L. P. FERRER.

EPIGRAMA

Al sacar de la estación
de una villa de Aragón
su mundo, Facundo Río,
notó con indignación
que estaba el mundo vacío.

Al jefe acudió Facundo
como las leyes previenen,
y el jefe dijo iracundo:
—Las cosas que son del mundo
se toman conforme vienen:

CARLOS CANO.

Al vuelo.

Un quinto de la última hornada escribía muy incomodado á su novia, diciéndola:

«Sabrás que estoy furioso, pues te llevo escritas tres cartas, con ésta, y todavía no me has contestado más que á dos...»

A su confesor, un joven
con candorosa inocencia,
¿qué es el amor? preguntó,
y el cura dió esta respuesta:
—Lo que disgusta á las madres
y lo que agrada á las suegras.

A un soltero recalcitrante que había sido padrino de una boda reciente, le contaban el hecho de haberse ahogado, bañándose en el mar, un hermano del novio.

Después de oír el relato, prorrumpió filosóficamente:
—Para las familias, ¡nunca vienen solas las desgracias!

El mundo en las penas es
lo mismo que las mujeres,
cuando olvida sus deberes
no los recuerda después.

ROGAMOS Á LOS SEÑORES QUE SIN PREVIO AVISO RECIBAN ESTE NÚMERO, SE SIRVAN DEVOLVERLO Á LA ADMINISTRACIÓN, MAYOR ALTA, 11 DUPLICADO, 2.º DERECHA, CASO DE NO ACEPTAR LA SUSCRIPCIÓN, PUES DE NO EFECTUARLO ASÍ, SE LES CONSIDERARÁ COMO SUSCRIPTORES.

Establecimiento tipográfico provincial.

ANUNCIOS.



LA ILUSTRACIÓN

REVISTA ILUSTRADA

con magníficos grabados y excelentes retratos
de las personas más distinguidas de la región; cuenta con el concurso
de los mejores escritores.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

| GUADALAJARA Y SU PROVINCIA. | | RESTO DE ESPAÑA. | |
|-------------------------------|-----------------|-------------------------------|-----------------|
| <i>Un semestre.</i> | 1'50 pesetas. | <i>Un semestre.</i> | 1'75 pesetas. |
| <i>Un año</i> | 2'50 <i>id.</i> | <i>Un año</i> | 3'00 <i>id.</i> |

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.

Un semestre. 2'50 pesetas. ❖❖❖ *Un año.* 4 pesetas.

NÚMERO SUELTO: DOS REALES.

ANUNCIOS EN ESTA PLANA A PRECIOS CONVENCIONALES.

PAGO ADELANTADO.

Senas D. y Villanoy